

"La maldición de la gallina parda"

Comedia de intriga en 1 acto

PERSONAJES

LAURA... Entre 30 y 40 años

ANTONIO... Marido de Laura, de la misma edad aproximadamente

ANSELMO... El mayordomo, anciano, más de 60 años

DOROTEA... El ama de llaves, también anciana

ANGELA... Rondando los 30 años

JOAQUIN... Marido de la anterior, de su edad más o menos

La obra se ambienta en Asturias, en la zona rural, en una época indefinida, pero en todo caso anterior no demasiado actual, pero es extrapolable a cualquier otro lugar, cambiando el nombre de algunos lugares. Esta obra es un homenaje a "La ratonera", de Agatha Christie, así que cualquier parecido con ella... es algo más que pura coincidencia.

ACTO ÚNICO

La escena representa un salón con muebles antiguos. Al menos una mesa y unas sillas, un armario o unos muebles. Algunos cuadros por las paredes, uno de ellos de una gallina parda destacando sobre los demás. Todo polvoriento y descuidado. Hay un arco a un lado, desde donde se sale a la calle, un ventanal al frente, con unas cortinas hasta el suelo, y el principio de unas escaleras a la derecha, también pasando un arco. Al abrir el telón la escena estará en penumbra. Truenos y ruido de tormenta, que se oirá ocasionalmente durante la obra, y sobre todo cuando se abra la puerta que da a la calle, o el ventanal. Entran de la calle ANTONIO y LAURA, empapados y con una maleta. Son un matrimonio entre treinta y cuarenta años. Cierran rápidamente la puerta.

LAURA.- ¡Cuernos! ¡Qué manera de echar agua!

ANTONIO.- *(Enciende un mechero que ilumina un poco la escena)* Era lo que nos faltaba para redondear el viaje. ¡Válgame Dios! Hemos salido a las nueve de la mañana de Carbayín, y ya ves. Este pueblo perdido en mitad de ningún sitio. Primero tren, luego coche de línea, después un carro, y al final, a pie. Si vamos a Madrid, tardamos menos. Y para colmo, ya ha oscurecido.

LAURA.- Es que vaya donde ha ido a hacer esta vieja la casa, ¿eh? Esta casa está más perdida que un chino en un encierro de toros. El vecino más próximo debe de estar a más de dos horas.

ANTONIO.- Eso cuando esté el camino bien. Hemos tenido que venir andando casi un cuarto de hora por culpa del derrumbe aquel.

LAURA.- No sé... Me parece que lo que pasó ha sido que el carretero no ha querido llegar con el carro hasta aquí, porque aquel derrumbe se pasaba bien.

ANTONIO.- ¿Te parece? La verdad es que no estaba muy tapado el camino, no.

LAURA.- ¿Y has visto como corría cuando se iba? Si no nos dio tiempo ni a pagarle. Oye, mira a ver si enciendes una luz por ahí.

ANTONIO.- Viendo donde está esta casa, no creo que haya ni corriente. Voy a ver si doy con una vela o algo. *(Busca)*. ¡Buf! La última que se limpió aquí debió ser

cuando mi tía hizo la primera comunión...

LAURA.- ¿Encuentras algo?

ANTONIO.- No hay nada por aquí... Voy a ir a ver a la otra sala... *(Al ir a salir hacia la otra sala se da de bruces con ANSELMO, un hombre viejo totalmente vestido de negro, con una vela en la mano. Es el mayordomo, serio y con unas ojeras que le ocupan la mitad de la cara).* ¡Aaaah!

ANSELMO.- *(Siempre con un tono monocorde y tétrico).* El señor debe ser el sobrino de doña Consolancia.

ANTONIO.- *(Se le sale el corazón el corazón por la boca. LAURA abrazada a él también asustada).* De... ¿De dónde sale usted?

ANSELMO.- Disculpe el señor si lo he sobresaltado.

LAURA.- ¿Qué dice que te ha hecho?

ANTONIO.- No sé, debe de querer subirse encima de mí. No sé que dice de saltarme...

ANSELMO.- Mi nombre es Anselmo. Soy el mayordomo de doña Consolancia.

LAURA.- ¡Toma! ¿Tu tía tenía mayordomo?

ANSELMO.- Llevo más de cuarenta años al servicio de la señora, siguiendo los pasos de mi padre, antiguo mayordomo de la casa.

LAURA.- ¡Arrea! Cuarenta años este, y dice que antes estuvo su padre. ¿Cuántos años tenía tu tía, Antonio?

ANTONIO.- *(Se va reponiendo poco a poco).* No... no sabía que quedase nadie en la casa. Pensé que se había marchado todo el mundo.

ANSELMO.- Su tía de usted dejó instrucciones muy precisas en su lecho de muerte, y uno de sus deseos fue que conservásemos la casa en buen estado hasta la llegada de sus herederos. Por eso sigue el servicio en la casa.

LAURA.- Oye, Antonio, ¿por qué habla así este hombre? Está poniéndome nerviosa.

ANTONIO.- Esto... ¿Hay más gente en la casa?

ANSELMO.- Sí, señor, el ama de llaves.

LAURA.- ¡Dice que el ama de llaves! ¿Tantas cerraduras hay en esta casa?

ANTONIO.- Oiga... ¿No hay forma de encender una luz? Aquí a oscuras...

ANSELMO.- Enseguida enciendo unas velas, señor. *(Enciende un candelabro con la vela que trae, que dejará siempre allí al lado para volver a encenderlo en su*

momento. Se ilumina la escena).

LAURA.- Esto ya está un poco mejor. (*Mira alrededor*). Oiga, ¿no dice que estaban conservando la casa?

ANSELMO.- ¿La señora encuentra algo que no esté a su gusto?

LAURA.- Si lo que se trataba era de conservar la casa... Hombre, aquí hay polvo para llenar seis canastos, y que yo sepa, el polvo no conserva los muebles.

ANTONIO.- Déjalo, Laura. O... Oiga, estamos un poco empapados. ¿No tendrá un trapo para secarnos un poco? Vamos a coger un catarro de no te menees.

ANSELMO.- Ahora mismo aviso a Dorotea para que les traiga unas toallas. Si no mandan más los señores...

ANTONIO.- No, ni los señores ni nosotros mandamos más. Las toallas, gracias.

ANSELMO.- Señor. (*Se va lentamente*).

LAURA.- Ay, Antonio, ¿dónde nos hemos metido?

ANTONIO.- ¿Qué pasa, Laura?

LAURA.- ¿Qué pasa? ¿Tu has visto a ese hombre? Si parece un enterrador. ¿Qué digo enterrador? Este es el que entierra a los enterradores.

ANTONIO.- Es el mayordomo. Tiene que ser educado.

LAURA.- ¿Educado? Si hay veces que ni lo entiendo. ¿Y has visto qué cara tiene? Las ojeras le llegan hasta la barbilla. Y esa cara tan seria...

ANTONIO.- Igual estaba ya acostado, y le fastidiaría levantarse. Anda, anda. Lo que pasa es que tu eres muy miedosa. Ya verás como mañana por la mañana se ve todo de otra manera.

LAURA.- ¿Mañana? ¿Tienes pensado quedarte aquí?

ANTONIO.- Tu dirás. ¿A dónde quieres ir? ¿Al hotel Reconquista? (*N.A. El hotel más caro y famoso de Asturias*)

LAURA.- De quedarse aquí, nada. En esta casa no soy a pegar un ojo.

ANTONIO.- Haz el favor, ¿eh? Ahora no podemos ir a ningún sitio. Llueve a mares, el camino esta desplomado, es de noche... Hasta mañana ya no hay nada que hacer, así que vamos a ver si cenamos algo, y nos dan una cama para dormir, y mañana, después de leer el testamento de mi tía, bajamos al pueblo, ponemos la casa en venta, y volvemos a Carbayín.

LAURA.- Si tiene que ser así...

ANTONIO.- Venga, no seas melindrosa. El mayordomo es un poco raro, pero no serán todos así... *(Entra en ese momento por la puerta DOROTEA, el ama de llaves, vieja, con el pelo blanco, de negro también, con dos toallas en la mano, y muy seria)*. Mira, esta debe de ser la de las llaves. ¿Le ves algo raro?

LAURA.- Hombre, si se ha muerto su marido esta semana, no. ¿Será la moda aquí el ir de luto?

DOROTEA.- *(También usa un tono muy sombrío)*. Las toallas. *(Se las da)*.

ANTONIO.- *(Mientras se secan)*. Gracias, señora. La verdad es que traíamos una mojadura...

DOROTEA.- Mi nombre es Dorotea. Llevo al cuidado de esta casa más de cuarenta años.

LAURA.- Pues si siempre la ha cuidado así, poco ha trabajado.

DOROTEA.- ¿Señora?

LAURA.- No, digo que se nota su mano en la decoración.

DOROTEA.- ¿Los señores van a pasar aquí la noche?

ANTONIO.- Los señores no sé, pero nosotros teníamos esa idea, sí. Bueno, si hay cama.

DOROTEA.- Sus habitaciones están preparadas. ¿Van a esperar al otro heredero de doña Consolancia, *(Se santigua)* que en gloria esté?

ANTONIO.- *(Santiguándose. LAURA también)* ¿Qué otro heredero? Yo soy hijo único.

DOROTEA.- Es un pariente lejano de la señora, hijo de una prima carnal de doña Consolancia *(Se santigua, y a continuación ANTONIO y LAURA)*, a quien tenía mucho aprecio, y no quiso que su hijo quedase sin una parte de la herencia. ¿Desean tomar algo mientras lo aguardan?

ANTONIO.- Hombre, una copita de coñac no vendría mal, para combatir el frío.

DOROTEA.- No hay alcohol en la casa. Doña Consolancia, *(Todos se santiguan)* no quería que se bebiese licor en esta casa.

ANTONIO.- Vaya por Dios. Entonces, algo caliente.

DOROTEA.- Lo lamento, pero doña Consolancia, *(Se santiguan)* que en gloria esté, no podía tomar café, porque la alteraba, ni chocolate, porque no podía tomar azúcar.

LAURA.- Seguro que entonces murió de hambre, porque no podía toma nada...

ANTONIO.- ¿Y qué se puede tomar?

DOROTEA.- Agua.

ANTONIO.- Mire, casi no tomamos nada ahora, que de agua venimos servidos. Mejor vamos a dejar la maleta a la habitación, a ver si llega ese otro heredero mientras tanto.

DOROTEA.- Llamaré al mayordomo para que los acompañe a sus aposentos. **(Sale)**

LAURA.- Así que esta no tenía nada raro, ¿eh?

ANTONIO.- ¿Qué quieres? Aquí tan apartados del mundo, se deben de coger manías. Oye, ¿quién será ese otro heredero?

LAURA.- No sé, pero vamos a tener que repartir la herencia con otro. Mira que acordarse de un hijo de una prima...

ANTONIO.- Bueno, cielo, la casa tiene que valer mucho dinero. Habrá para todos. Y digo yo que también habrá efectivo.

LAURA.- Pero habría más si fuera para nosotros solos.

ANTONIO.- Tu calla. Ya veremos el testamento. A lo mejor nos deja en mejor lugar que a él, que al fin y al cabo somos familia más directa.

ANSELMO.- **(Entra por la puerta)** Señores.

ANTONIO.- **(Que se asusta, como LAURA).** ¡Arrea! Este hombre es igual que un fantasma. no se lo oye llegar.

ANSELMO.- Sus aposentos están preparados.

LAURA.- Oiga, que nosotros queremos dormir los dos en el mismo lugar, ¿eh?

ANSELMO.- Naturalmente, señora.

LAURA.- Como dice que a los aposentos...

ANSELMO.- Ahora mismo les conduzco a ellos.

LAURA.- ¿Hay que tomar un coche para llegar? ¿Cuánto mide esta casa?

ANTONIO.- No delires, Laura.

LAURA.- ¿No lo oyes que va a conducir?

ANSELMO.- Permítanme la maleta. Por aquí... **(Salen tras del mayordomo, aunque a distancia. Tras una mínima pausa entra ÁNGELA, cerrando un paraguas. Joven, como su marido, JOAQUÍN. JOAQUÍN es el sobrino que faltaba, y ÁNGELA su esposa, con andares altivos. Mucho más elegantes vestidos que**

los demás)

ÁNGELA.- *(Hacia la calle)* Venga, Joaquín, apura, que te estás empapando entero.

JOAQUÍN.- *(Entra cargado de maletas y con otra mojadura. Posa las maletas)* ¡La madre que lo parió! ¡Vaya camino! Oye, y gracias por taparme, ¿eh?

ÁNGELA.- Si eran cuatro gotas de nada, pasmado. Que poca sangre tienes.

JOAQUÍN.- Tengo las manos deshechas. ¿Tu qué traes en estas maletas? Si solo vamos a estar aquí esta noche.

ÁNGELA.- Cuatro trapos. Hay que estar prevenida. Mira lo que llueve, siempre puede hacer falta cambiarse de ropa. Y luego hay que traer de entretiempo, por si acaso...

JOAQUÍN.- Es que parece que suena a metal.

ÁNGELA.- Ah, será la plancha que he metido por si se arrugaba algo, que choca contra la palangana.

JOAQUÍN.- ¿La plancha? ¿Y una palangana? ¿No se te ha ocurrido también traer la cafetera?

ÁNGELA.- Esa está en la otra maleta.

JOAQUÍN.- La madre que... Bueno, bueno. Al fin y al cabo, al final ha servido para algo. Voy a cambiarme entonces, que estoy empapado.

ÁNGELA.- ¿Cambiarte? Para ti no he traído nada. Esa es mi ropa.

JOAQUÍN.- Pero... ¿Todo esto y no me has traído nada de ropa?

ÁNGELA.- ¿Qué me contestaste cuando te pregunté? “Si vamos solo para un día”. Pues no te he traído nada.

JOAQUÍN.- Serás... *(Contempla la estancia)* Vaya abandonado que está esto, ¿no?

ÁNGELA.- Un poco de polvo si que hay, sí. Bueno, es igual, no vamos a vivir aquí, en cuanto cobremos la herencia, nos largamos, y si se puede, vendemos la casa, y ya está. ¡Vaya! Mira como he puesto los zapatos. Busca a ver si hay algún trapo por ahí.

JOAQUÍN.- *(Revuelve un poco por los cajones)* Estos cajones están todos revueltos. Nada, no encuentro trapos.

ÁNGELA.- Vaya por Dios. Déjame tu pañuelo, anda.

JOAQUÍN.- ¿Te cae el moco? *(Se lo da)*

ÁNGELA.- *(Limpia los zapatos con el pañuelo ante la sorpresa de JOAQUÍN. Acaba y se lo devuelve)* Toma. Mejor así.

JOAQUÍN.- Que cruz, Dios, que cruz.

ÁNGELA.- Bueno, ¿aquí no habrá nadie? Vete a buscar por ahí a ver si hay alguien.

JOAQUÍN.- Oye, ¿tengo cara de ser tu criado?

ÁNGELA.- No, tienes cara de payaso, así que vale igual. Vamos, a ver si ves a alguien.

JOAQUÍN.- *(Sale rezongando)* Un día de estos...

ÁNGELA.- *(Que husmea por la escena)* Que mal cuidado está esto. Pero la casa es grande, así que sacaremos algo por ella. Y luego está el dinero. Vaya noche...
(Se asoma al ventanal, detrás de las cortinas)

LAURA.- *(Entra con ANTONIO)* He dicho que yo no duermo en esa habitación y se acabó.

ANTONIO.- No seas así, mujer. ¿Qué tiene la habitación?

LAURA.- ¿Qué tiene? En las telarañas del techo he visto arañas gordas como centollos. En una esquina había un ratón asomado en un agujero, y te juro que cuando nos miraba, se relamía. ¡Yo no duermo ahí!

ANTONIO.- La casa está vieja, mujer...

LAURA.- ¿Vieja? A los muebles de esta casa les sobra un siglo para estar viejos. Seguro que si les quitas la cuarta de polvo que tienen encima, se deshacen. No hay luz eléctrica. ¿Y el baño que hay en la habitación? ¡He abierto un grifo y el agua ha salido negra!

ANTONIO.- Con lo que llueve, se habrá roto la distribución.

LAURA.- ¿La distribución? El agua no salía del grifo, salía del desagüe. Y antes de salir hizo así como un ronquido: ¡Uaaaahhh!

ANTONIO.- Vamos, cariño, es una noche.

LAURA.- Que no, Antonio, que esta casa me da muy mala espina. ¿Has visto a los criados? Si me tengo que levantar por la noche y tropiezo con uno de ellos, me da un soponcio.

ANTONIO.- Serás exagerada.

LAURA.- Ya solo falta que aparezca un fantasma y la casa estará completa.

ÁNGELA.- *(Vuelve del ventanal cuando suena un trueno)* ¡Buenas noches!

LAURA.- *(Salta al regazo de ANTONIO)* ¡Ah! ¿No te decía yo?

ÁNGELA.- El servicio, ya era hora. Si son tan amables de subir las maletas a nuestra alcoba...

ANTONIO.- Oiga, que nosotros...

ÁNGELA.- ¿No han visto a mi marido? Ha ido a buscarlos. Ah, al deshacer las maletas tengan cuidado con la ropa blanca, ¿eh? Y el vestido marrón se arruga mucho, así que hay que colgarlo en una percha, muy cuidadosamente. Es que es de buena marca, y no quisiera que se estropease, porque solo me lo he puesto una vez.

ANTONIO.- *(Posa a LAURA)* Vas a tener razón, ha aparecido un fantasma. *(A ÁNGELA)* Disculpe, pero nosotros no somos los criados, ¿eh?

ÁNGELA.- Ah, ¿no? Y entonces, ¿qué hacen en esta casa?

ANTONIO.- Venimos por lo de la herencia...

ÁNGELA.- Ah, ya. La de la pariente de mi esposo. Bien, pues a ver si despachamos con el testamento. ¿Dónde hay que firmar?

JOAQUÍN.- *(Vuelve por las escaleras)* ¡No encuentro a nadie por la casa! Vaya, ¿y esta gente?

ÁNGELA.- Deben de ser los abogados para el tema de la herencia. Si nos dicen dónde hay que firmar...

ANTONIO.- Oiga, que no somos abogados, que estamos aquí para cobrar.

ÁNGELA.- ¿Para cobrar? ¿Los derechos reales?

ANTONIO.- No. Soy sobrino de la señora, y usted debe de ser el otro heredero que tenía que venir.

ÁNGELA.- ¿Sobrino? ¿Y entonces, quién atiende esta casa?

LAURA.- ¿Atenderla? A mi me parece que está bien claro que atender no la atiende nadie.

ANTONIO.- Andan por ahí el mayordomo y el ama de llaves. Si quiere que aparezcan, lo mejor es no contar por ellos, y seguro que los tropiezan detrás de una esquina. Espero que no sufran del corazón.

ÁNGELA.- Pues a ver si no tardan, que tienen que llevarme las maletas a mi alcoba.

LAURA.- Yo casi le aconsejaría que las dejara aquí. Si se las pillan las polillas...

DOROTEA.- *(Viene de la casa)* ¡Ah! Veo que ha llegado todo el mundo.

LAURA.- ¡Viva! ¡Ha llegado la alegría de la casa!

ÁNGELA.- Usted será el ama de llaves, ¿no? Si es tan amable de llevarme las maletas...

DOROTEA.- Ahora mismo vendrá el mayordomo. Si son tan gentiles, tomen asiento, debo de ponerlos al corriente.

LAURA.- Antonio, haz algo, que dice que nos va a dar la corriente.

ANTONIO.- Pero, ¿qué corriente, si aquí alumbran con velas?

DOROTEA.- Por favor. *(Se sientan todos menos DOROTEA, que habla lento y muy seria)* Doña Consolancia *(Se santigua, con ANTONIO y LAURA detrás)* fue muy estricta con las instrucciones a seguir, así que no nos andaremos con rodeos.

JOAQUÍN.- Está el tiempo como para ponerse a andar por ahí. Estoy empapado.

ANTONIO.- También nos hemos calado nosotros. Vaya noche, ¿eh?

JOAQUÍN.- Pero mi esposa no se ha mojado ni un pelo, porque se apropió del paraguas...

ÁNGELA.- ¡Calla, desgraciado! ¿Por qué les andas contando a la gente de nuestras intimidades? *(Empieza una pequeña discusión entre ambas parejas, hablando todos a un tiempo de la tormenta)*

DOROTEA.- Señores... *(Siguen)* Señores... *(No hacen caso)* ¡¡¡Señores!!! *(Callan en seco)*

JOAQUÍN.- Tampoco hacía falta gritar.

DOROTEA.- En fin, si a los señores no les importa, tal vez pueda seguir con la exposición.

JOAQUÍN.- Faltaba más.

ANTONIO.- Y si quiere seguir hablando, también la dejamos.

DOROTEA.- Seré breve. Doña Consolancia *(Se santigua, y esta vez todos detrás)* dejó mandado que mañana por la mañana se leyera el testamento en presencia de todos los herederos. El notario está avisado para las ocho de la mañana.

ANTONIO.- Oiga, ¿y no podría haber quedado más tarde? Menudo madrugón.

DOROTEA.- En esta casa siempre se ha madrugado. A las seis de la mañana se sirve el desayuno.

JOAQUÍN.- ¡Arrea, a las seis! A esas horas no están todavía ni las calles puestas.

ANSELMO.- *(Entra de las escaleras)* Señora.

JOAQUÍN.- ¡Toma!

LAURA.- (*Abraza a ANTONIO*) ¿A ti no te parece que tiene más ojeras que antes?

DOROTEA.- Lleva el equipaje de los señores a la habitación rosa.

LAURA.- ¿La rosa? Pero, ¿cómo las distinguen, si están todas grises del polvo? Oiga, disculpe, nuestra habitación, ¿cuál es, por curiosidad?

DOROTEA.- La verde.

ANTONIO.- Mira, ahí casi acertó, porque moho tiene bastante por las paredes.

DOROTEA.- (*Mientras ANSELMO se va con las maletas*) También quisiera advertirlos de otra cosa. Es... un tema delicado. Sobre esta casa pesa una maldición.

LAURA.- Claro, tanto tiempo sin limpiar, se cría de todo.

DOROTEA.- No es cosa de broma. Cuando vivía el señor, un día se empeñó en poner un gallinero, porque al señor le encantaba desayunar un huevo pasado por agua todos los días, y decía que como los de las gallinas que se criaban en casa, no había otros.

JOAQUÍN.- Hombre sabio, sí señor.

DOROTEA.- Compró seis gallinas, cinco blancas y una parda. El señor iba en persona todos los días a cebarlas y a recoger los huevos que hubiesen puesto, pero, poco a poco, fue empezando a tener una obsesión por la gallina parda. Empezó a acariciarla, a hablar con ella, a atenderla más que a las otras. Le decía palabras cariñosas, y la alimentaba con maíz de lo bueno. De hecho, las otras gallinas fueron muriendo una a una por falta de cuidados, sin que al señor le importase. Solo tenía ojos para aquella gallina parda.

LAURA.- (*A ANTONIO, por lo bajo*) Oye, ¿a ti esto no te suena a guasa?

DOROTEA.- Acabó trayendo la gallina con él a la casa, y dejó de dormir con la señora, para dormir con la gallina. Hasta mandó cambiar el cuadro que tenía de la señora, por el de la gallina. (*Miran todos para el cuadro*)

JOAQUÍN.- Oiga, usted no nos estará tomando el pelo, ¿verdad?

DOROTEA.- Lo que pasó después no es para estómagos delicados. La señora no veía con buenos ojos lo que estaba pasando, y cuando el señor dejó de dormir con ella para ir con la gallina, tomó una determinación. El único día que el señor bajaba al pueblo, que era cuando pagaba la contribución, la señora cogió la gallina

parda, y le retorció el cuello. Luego la guisó, y cuando el señor vino a comer, se la puso en la mesa.

LAURA.- ¿En serio?

DOROTEA.- No, señora, en pepitoria. El señor comió hasta hartarse sin parar de ensalzar a la cocinera, y cuando ya no había dejado más que los huesos, la señora, riéndose en la cara del señor, le espetó que lo que hubiese comido era su querida gallina parda.

JOAQUÍN.- En pepitoria...

DOROTEA.- En pepitoria. Aquello volvió loco al señor, que ya nunca más habló con nadie de la casa. Andaba de un lado para otro, musitando, y se quedaba horas enteras delante de ese cuadro, suspirando. Poco a poco fue consumiéndose, hasta que cayó enfermo. A las puertas de la muerte, con la señora a la cabecera de la cama, antes del último suspiro, le escupió a la señora estas palabras: “Te maldigo, y maldigo a toda tu estirpe. Así os muráis todos igual que murió mi gallina parda”.

LAURA.- ¿En pepitoria?

DOROTEA.- Luego falleció. La señora sufrió mucho, pues siempre fue de carácter impresionable, así que poco después fue cuando comenzó a enfermar, hasta que murió. Ahora, los únicos que quedan de la familia de la señora son ustedes. He pensado que era mejor que lo supieran todo.

JOAQUÍN.- Hombre, yo no quisiera poner en duda todo lo que ha contado, pero...

DOROTEA.- Pueden creer lo que quieran, lo cuento tal y como pasó. La enfermedad de la señora fue un misterio, no tardó ni un mes en acabar con ella. Y eso fue todo después de la maldición.

LAURA.- Y la maldición, ¿era solo para la familia, o también para la familia política?

DOROTEA.- *(Cambia el tono)* Bien, como hasta mañana no podemos hacer nada relacionado con el testamento, lo mejor será que vayan a sus aposentos a descansar.

ANTONIO.- ¿Sin cenar ni nada?

DOROTEA.- La cena se sirve a las siete. En eso también somos muy estrictos. Señores.

ANTONIO.- De eso nada. Sin comer un bocado no se puede dormir. Algo se podrá

preparar.

DOROTEA.- *(Con cara de pocos amigos)* Voy a ver que hay en la cocina. Tomen asiento mientras. *(Se va)*

LAURA.- ¿Tomar asiento? Mejor sería tomar aunque fuese unas sopas de ajo.

ANTONIO.- Todo eso de la gallina parda....

JOAQUÍN.- A estas alturas, ¿vamos a creer en esas tonterías? Esta gente lleva mucho tiempo aquí apartada, se les va la cabeza. Ni caso.

LAURA.- La verdad es que la historia...

ÁNGELA.- ¿No irán a creer toda esa mentira? Enamorarse de una gallina...

LAURA.- Oiga, que San Antonio se enamoró de un cerdo.

ANTONIO.- En fin, a ver si nos traen algo para cenar. Bueno, creo que podríamos presentarnos, ¿no? Yo soy Antonio, y esta es mi esposa, Laura.

ÁNGELA.- Je, el burro delante.

JOAQUÍN.- Déjalos, Ángela, que son de pueblo. Yo soy Joaquín y Ángela, mi esposa.

ÁNGELA.- “Enchanté”.

ANTONIO.- ¡Ahí va! Vaya apellido más raro. Ángela “Axanté”.

LAURA.- Será de fuera, tonto, de Santander, o por ahí lejos.

ÁNGELA.- Cuanta ordinariez. “Enchaté” quiere decir...

JOAQUÍN.- No insistas, Ángela. Estas cosas fuera de la capital...

ANTONIO.- ¿Son de la capital?

JOAQUÍN.- Del mismo centro de de Oviedo. Desde mi casa puedo tocar las ramas del "carbayu" de la calle Uría. *(N.A. Carbayu es roble en asturiano, y hay uno muy famoso en el centro de Oviedo, que da nombre a los habitantes de Oviedo)*

LAURA.- ¡Hala! ¿En Oviedo les ponen calles a los robles?

JOAQUÍN.- Carbayos los llamamos allí. Por eso nos llaman carbayones. ¿Y ustedes?

ANTONIO.- No, nosotros nos llamamos Antonio, y Laura, ya se lo he dicho.

JOAQUÍN.- Les pregunto de dónde son.

ANTONIO.- Ah, pues de Carbayín.

JOAQUÍN.- ¡Qué casualidad! ¿También son carbayones?

ANTONIO.- No, yo soy minero y mi esposa se dedica a sus labores. Como no hemos

estudiado ninguno de los dos...

LAURA.- Y desde mi casa puedo tocar unas zarzas que hay en la parte de atrás.

ANTONIO.- ¿Qué dices?

LAURA.- ¡Qué se yo! Como no se qué decía de tocar un "carbayu"... Era para situarlo.

DOROTEA.- *(Entra por la puerta con una hogaza de pan y un queso en una bandeja)*

Aquí tienen la cena. *(Lo deja y se va)* Que aproveche.

ÁNGELA.- ¿Esto es lo que vamos a cenar?

LAURA.- No se queje. Si llega a traer una gallina yo ni me arrimo a la mesa.

JOAQUÍN.- Es lo que hay, Laura. A lo mejor el queso es de cabrales.

ANTONIO.- *(Intenta arrancar un trozo de pan, pero no puede)* ¡Demonios! *(Pega con el pan en la mesa. Está duro de hace muchos días)* Si por lo menos hubiera traído nueces o avellanas, las habríamos podido partir con el pan.

LAURA.- *(Levanta la tapa del queso. Como un rayo escapan todos de la mesa.)* ¡Virgen santa!

JOAQUÍN.- Dios, esto debe ser lo que usan los grises para disolver manifestaciones.

ANTONIO.- Laura, tápalo, que no me extrañaría que ese queso echase a correr de un momento a otro. *(LAURA lo hace)*

ÁNGELA.- ¿No decías que era cabrales?

JOAQUÍN.- ¿Cabrales? A este queso no se arriman ni los gusanos del cabrales, para no intoxicarse.

ÁNGELA.- A mi que me da que al final nos vamos a quedar sin cenar.

JOAQUÍN.- Pues si que... En fin, nos iremos entonces para la cama.

LAURA.- ¿Para la cama? ¡De eso nada! Yo no me meto en esa habitación. Los agujeros de la carcoma de la cama son del grosor de una moneda. Ahí en vez de carcomas debe de haber víboras.

ANTONIO.- Anda, Laura, vamos para allá. Que son solo unas horas, porque si mañana a las seis hay que desayunar...

LAURA.- Vale, pero yo sin algo para defenderme no voy para la cama.

ANTONIO.- Esta bien, cielo. Ya buscamos algo por ahí. Hasta mañana. *(Sale con LAURA)*

JOAQUÍN.- ¿Y nosotros no nos vamos a la cama?

ÁNGELA.- ¿Tu estás loco? *(Saca un papel del bolso)* ¿No te acuerdas de lo que pone el testamento? Hay que ponerse a la tarea ahora mismo.

JOAQUÍN.- Ángela, primero dormimos un poco, y luego ya nos ponemos.

ÁNGELA.- ¡Joaquín! Mañana a las ocho viene el notario. Hay que ponerse ya.

JOAQUÍN.- Estoy machacado de venir cargando con las maletas, Ángela. Tengo que descansar. Y encima, con el estómago vacío...

ÁNGELA.- *(Posa el papel en la mesa, y va frente a JOAQUÍN enfadada)* Mira, Joaquín, cállate ya, ¿eh? Hay que ponerse ahora mismo, porque si no nos quedamos sin el dinero. ¿Me estás oyendo?

ANTONIO.- *(Entra en ese momento con LAURA)* Que te he dicho que aquí no hay nada para defenderte. Pero si son arañas, cariño, ¿qué quieres? ¿Matarlas a estacazos? Puedes llevar el queso y tirarles pedacitos, que seguro que las envenena. O si no, mira. *(Coge el papel y hace un rollo con él)* Con esto es suficiente. Les das así y...

ÁNGELA.- *(Asustada)* Oiga, deje ese papel.

ANTONIO.- ¿Por qué?

ÁNGELA.- Es mío.

ANTONIO.- *(Lo desenrolla)* Perdona, como estaba ahí tirado... *(Le echa un vistazo)* Pero... “Testamento de doña Consolancia...” ¿Como es que tiene el testamento de la tía si iba a leerse mañana?

ÁNGELA.- Si no le importa devolvérmelo.

ANTONIO.- Vaya si me importa. Esto es muy raro. Cuando me llamó el notario, me dijo que el testamento estaba cerrado y hasta mañana no se leía. ¿Cómo es que lo tiene usted?

ÁNGELA.- Eso no es cosa suya. ¡Démelo!

ANTONIO.- *(Lo lee)* Pero, pero... ¿Habéis visto lo que pone este testamento?

LAURA.- ¿Qué pone?

ANTONIO.- Dice que deja la casa al otro sobrino y a mi, a partes iguales. Pero el dinero dice que se lo deja al convento de las hermanas de la caridad.

LAURA.- ¿Qué?

ANTONIO.- Aquí está escrito. Dice que el dinero y las joyas que tiene guardadas en la

casa son para las monjas. Pues vaya herencia de m...

LAURA.- ¿Y hay que dormir en esa habitación para que no nos den nada? ¡Rotundamente no!

JOAQUÍN.- En fin, una y buena que se han enterado, deberíamos hablar del asunto.

ÁNGELA.- ¡Calla, Joaquín!

JOAQUÍN.- ¿Por qué me voy a callar? Mirad, nosotros teníamos la idea de buscar ese dinero hoy por la noche. Al fin y al cabo lo que dice el testamento es que para las monjas va lo que haya en la casa... mañana por la mañana. Si antes nosotros cogemos un poco...

LAURA.- Si, hombre, ustedes a coger el dinero y mientras nosotros a quedar sin herencia.

ANTONIO.- Laura, cielo, que lo que están diciendo es que lo busquemos entre todos. Oíd, ¿y a qué estabais esperando para decirlo? ¡Un momento! ¡Queríais quedaros con todo!

ÁNGELA.- Mira que te estaba diciendo que nos tendríamos que haber puesto a ello. ¡Qué imbécil eres! Ahora tenemos que repartir.

JOAQUÍN.- Eso ya no tiene importancia. Hay que organizarse para buscar el lugar donde guarda el dinero. Ya lo habéis oído, hay que encontrarlo antes de que venga el notario.

LAURA.- ¡Alto! ¿Estamos hablando de andar por esta casa, a oscuras, con la que está cayendo, y con ese par de momias que te pueden salir detrás de cada puerta? Conmigo no contéis. Y con Antonio tampoco, que tiene que quedarse conmigo.

ÁNGELA.- Muy bien. Pues el que encuentre el dinero, para él. ¿Vale?

ANTONIO.- ¿Eh? No, no, de eso nada. La mitad para cada uno.

ÁNGELA.- No lo vamos a buscar nosotros, para luego repartir. Si no buscáis, no hay herencia.

LAURA.- Si es por las arañas, mujer. Es que tu no las has visto. Miden casi un palmo. ¡Si en las telarañas en vez de moscas había gorrones!

ANTONIO.- Laura, esta señora tiene razón. Tu y yo buscamos juntos, ¿de acuerdo?

LAURA.- Antonio... ¿Y la maldición?

ANTONIO.- ¿No te atreves con una gallina? (*A los demás*) ¿Qué os parece si comenzamos por las habitaciones? Nosotros vamos a buscar en la nuestra, y vosotros en la

vuestra, y luego volvemos a vernos aquí, a ver si ha aparecido algo o no.

ÁNGELA.- Está bien, pero yo no tengo miedo como esa tonta. Y menos a una gallina parda.

LAURA.- Cuando vea a las arañas ya me dirá, ya.

ÁNGELA.- Anda, Joaquín, ve tu a la alcoba, y yo voy echar un vistazo por aquí.

JOAQUÍN.- ¿Y porqué no subes tu a la habitación y...?

ÁNGELA.- ¡Joaquín! Sube arriba, y a callar, ¿eh?

JOAQUÍN.- *(Enfadado)* Oye, ya está bien de mandar, y dar órdenes. Estoy harto. Joaquín esto, Joaquín lo otro. Coge las maletas, posa las maletas. Haz las camas, pasa el polvo... Se ha terminado. ¿Sabes lo que voy a hacer ahora mismo? ¿Lo sabes?

ÁNGELA.- *(Amenazante)* No, ven y dímelo.

JOAQUÍN.- *(Acobardado)* Pues subir a la habitación a buscar. Pero voy porque quiero, ¿eh?

ÁNGELA.- El día que me casé contigo mejor estaba tirándome al tren. ¡Calzonazos! ¡Arrea antes de que te estampe un zapato en el morro!

JOAQUÍN.- *(Sale refunfuñando)* Señor, señor... que cruz. Algún día... Algún día...

ANTONIO.- Esto... Nosotros nos vamos entonces a nuestra habitación, si no tiene ningún inconveniente, ¿eh?

LAURA.- *(Mientras sale a ANTONIO)* ¿Cómo les va a tener miedo a las arañas? Esta hace temblar hasta a un lobo. Arrea antes de que se le escape ese zapato. *(Salen escaleras arriba)*

ÁNGELA.- *(En vez de buscar, se sienta en una silla)* Bueno, viendo como se ha puesto el tema, yo a lo mío. *(Arregla un poco el pelo, se acicala un poco. Se arrima al ventanal)* Vaya noche más perra. *(Lo abre un poco, y se oye una gallina cacareando)* Vaya, también es casualidad, hablando de gallinas. *(De pronto, tras de un trueno se apaga el candelabro por el aire. La gallina sigue oyéndose)* Vaya por Dios. ¡Oigan! ¡Eh! Que me he quedado a oscuras. *(De pronto, se oye un disparo y LAURA cae al suelo. Bajan todos los demás por las escaleras y entran a escena con un poco de lío, hasta que DOROTEA habla)*

DOROTEA.- ¡Cálmense! Anselmo, enciende las velas por favor. *(ANSELMO lo hace y*

vuelve la luz. LAURA grita al ver a ÁNGELA en el suelo)

JOAQUÍN.- ¡Ángela! ¡Ángela! *(Se agacha y la mira)* Pero... ¡No respira! ¡Está muerta!
(Hay una pausa incómoda en la que todos se miran unos a otros, sospechando entre sí)

ANTONIO.- ¿Estás seguro? Es que estas cosas...

JOAQUÍN.- ¿No lo voy a estar? Tiene un tiro en medio del pecho, mira como sangra. ¡Y no respira! No tengo el título de medicina, pero en mi opinión está muerta.

LAURA.- Igual la ha picado algo. Viendo las arañas que había en las habitaciones...

JOAQUÍN.- Hay que ir a buscar a la guardia civil. *(Estas palabras no causan buen efecto en ninguno de los presentes, que quedan un momento parados)*

DOROTEA.- *(Sin su habitual compostura)* Me... Me temo que eso no va a ser posible... al menos esta noche. No disponemos de carro para bajar al pueblo, y la tormenta está arreciando.

LAURA.- Dice que arrecia... ¡Pero si cada vez llueve más!

JOAQUÍN.- No podemos quedarnos de brazos cruzados. Alguien acaba de matar a mi esposa. ¡En esta sala hay un asesino! *(Otra pausa llena de miradas)*

DOROTEA.- Será mejor que nos calmemos todos. Esto seguro que ha sido un desagradable accidente.

JOAQUÍN.- ¿Un accidente? Un accidente es caer por las escaleras, pero que te peguen un tiro no es un accidente, vamos, digo yo.

ANTONIO.- Ahí tienes razón, a mi no me parece un accidente tampoco.

DOROTEA.- No obstante, tiene que serlo, no hay ningún arma en la casa. El disparo ha tenido que venir de afuera. Un cazador despistado, probablemente.

JOAQUÍN.- Si, claro, un cazador. Está la noche estupenda para andar cazando gamusinos. ¿Usted piensa que alguien iba a andar por ahí de caza con la que está cayendo? Además, ¿para cazar qué? Si esto está más desolado que el cementerio en la noche de difuntos.

ANTONIO.- Bueno, hombre, no hay que desechar ninguna teoría. Puede ser que haya un cazador por ahí afuera y...

JOAQUÍN.- ¿Crees que me caído de un guindo? Aquí hay un asesino, y por mi padre que voy a dar con él.